

Vicaría de Evangelización

Coordinación de Vida Litúrgica y Oración
Equipo para la Animación Vocacional



ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ



20 de noviembre de 2022

Domingo XXXIV del Tiempo Ordinario



Solemnidad de Jesucristo, Rey del universo

I. NOTAS EXEGÉTICAS

2 S 5,1-3

Ungieron a David como rey de Israel

Los israelitas habían comenzado la conquista de la tierra prometida al final del siglo XIII a. C., bajo el caudillaje de Josué. La conquista fue progresiva y se prolongó por mucho tiempo. Por fin se pudo considerar acabada, al menos en términos generales, y se procedió a la distribución de la tierra por tribus. Por largo tiempo cada una de las tribus mantuvo su independencia y propia autonomía. Si alguna tribu se unía con otra era fundamentalmente en plan de defensa o ataque de sus enemigos. Durante este período se fue estableciendo casi espontáneamente una diferenciación entre las tribus del norte y las del sur. Cuando Samuel ungió rey a David, lo hizo sólo sobre las tribus del sur (Judá, Benjamín y Efraín) y sobre ellas reinó siete años en Hebrón. La personalidad extraordinaria de David, su genio militar que logró conquistar la fortaleza de Jerusalén tenida por inexpugnable y su capacidad innegable de caudillaje indujo a los jefes de las tribus del norte a proclamarle también su rey. "El rey David hizo un pacto con ellos en Hebrón, en presencia de Yahvé, y ungieron a David como rey de Israel". Fue un paso decisivo en la historia de Israel: por primera vez se consiguió la unificación de las doce tribus, se instauró un solo rey y por tanto un solo mando político-militar y se eligió a la ciudad de Jerusalén como capital del nuevo reino de Israel y Judá.

Así, David ha sido proclamado rey de dos pueblos distintos, necesita una capital neutra y escoge a Jerusalén, pues en esa época es aún una ciudad cananea cuya conquista reforzará su autoridad.

Salmo 121

Vamos alegres a la casa del Señor

Este salmo es uno de los más hermosos y apasionados *cánticos de las subidas*. Se trata del salmo 121, una celebración viva y comunitaria en Jerusalén, la ciudad santa hacia la que suben los peregrinos.

En efecto, al inicio se funden dos momentos vividos por el fiel: el del día en que aceptó la invitación a "ir a la casa del Señor" (v. 1) y el de la gozosa llegada a los "umbrales" de Jerusalén (cf. v. 2). Sus pies ya pisan, por fin, la tierra santa y amada. Precisamente entonces sus labios se abren para elevar un canto de fiesta en honor de Sión, considerada en su profundo significado espiritual.

Jerusalén es definida como "ciudad bien compacta" (v. 3), símbolo de seguridad y estabilidad es el corazón de la unidad de las doce tribus de Israel que convergen hacia ella como centro de su fe y de su culto. En efecto, a ella suben "a celebrar el nombre del Señor" (v. 4) en el lugar que la "ley de Israel" (*Dt* 12, 13-14; 16, 16) estableció como único santuario legítimo y perfecto.

En Jerusalén hay otra realidad importante que es también signo de la presencia de Dios en Israel: son "los tribunales de justicia en el palacio de David" (*Sal* 121, 5); es decir, en ella gobierna la dinastía davídica, expresión de la acción divina en la historia, que desembocaría en el Mesías (cf. *2 S* 7, 8-16).

Se habla de "los tribunales de justicia en el palacio de David" (v. 5) porque el rey era también el juez supremo. Así Jerusalén, capital política, era también la sede judicial más alta donde se resolvían en última instancia las controversias: de ese modo, al salir de Sión, los peregrinos judíos volvían a sus aldeas más justos y pacificados.

El salmo ha trazado así un retrato ideal de la ciudad santa en su función religiosa y social, mostrando que la religión bíblica no es abstracta ni intimista, sino que es fermento de justicia y solidaridad. Tras la comunión con Dios viene necesariamente la comunión de los hermanos entre sí.

Col 1,12-20

Nos ha trasladado al reino de su Hijo querido

El núcleo del himno está constituido por los versículos 15-20, donde entra en escena de modo directo y solemne Cristo, definido "imagen de Dios invisible" (v. 15). San Pablo emplea con frecuencia el término griego *ekân*, icono. En sus cartas lo usa nueve veces, aplicándolo tanto a Cristo, icono perfecto de Dios (cf. *2 Co* 4, 4), como al hombre, imagen y gloria de Dios (cf. *1 Co* 11, 7). Sin embargo, el hombre con el pecado "cambió la gloria del Dios incorruptible por una representación en forma de hombre corruptible" (*Rm* 1, 23), prefiriendo adorar a los ídolos y haciéndose semejante a ellos.

Por eso el desafío para el creyente es ser imagen del Hijo de Dios (cf. 2 Co 3, 18), pues Dios "nos ha sacado del dominio de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su Hijo querido" (Col 1, 13). Este es el primer imperativo: modelar la vida según la imagen del Hijo de Dios, entrando en sus sentimientos y en su voluntad, en su pensamiento.

Luego, se proclama a Cristo "primogénito (engendrado antes) de toda criatura" (v. 15). Cristo precede a toda la creación (cf. v. 17) al haber sido engendrado desde la eternidad: por eso "por él y para él fueron creadas todas las cosas" (v. 16). También en la antigua tradición judía se afirmaba que "todo el mundo ha sido creado con vistas al Mesías" (*Sanhedrin* 98 b).

San Pablo define a Cristo como el principio de cohesión ("todo se mantiene en él"), el mediador ("por él") y el destino final hacia el que converge toda la creación. Él es el "primogénito entre muchos hermanos" (*Rm* 8, 29), es decir, el Hijo por excelencia en la gran familia de los hijos de Dios, en la que nos inserta el bautismo.

En este punto, la mirada pasa del mundo de la creación al de la historia: Cristo es "la cabeza del cuerpo, de la Iglesia" (*Col* 1, 18) y lo es ya por su Encarnación. En efecto entró en la comunidad humana para regirla y componerla en un "cuerpo", es decir, en una unidad armoniosa y fecunda. La consistencia y el crecimiento de la humanidad tienen en Cristo su raíz, su perno vital y su "principio". Con este primado Cristo puede llegar a ser el principio de la resurrección de todos, el "primogénito de entre los muertos", porque "todos revivirán en Cristo. (...) Cristo como primicia; luego, en su venida, los de Cristo" (*1 Co* 15, 22-23).

El himno concluye celebrando la "plenitud", en griego *pleroma*, que Cristo tiene en sí como don de amor del Padre. Es la plenitud de la divinidad que se irradia tanto sobre el universo como sobre la humanidad, transformándose en fuente de paz, de unidad y de armonía perfecta (cf. *Col* 1, 19-20).

Esta "reconciliación" y "pacificación" se realiza por "la sangre de la cruz" que nos ha justificado y santificado. Al derramar su sangre y entregarse a sí mismo Cristo trajo la paz que, en el lenguaje bíblico, es síntesis de los bienes mesiánicos y plenitud salvífica extendida a toda la realidad creada, situando todo en un luminoso horizonte de reconciliación, unidad, armonía y paz, sobre el que se yergue solemne la figura de su artífice, Cristo, "Hijo amado" del Padre.

Lc 23, 35-43

Señor, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino

El Evangelio de san Lucas presenta, como en un gran cuadro, la realeza de Jesús en el momento de la crucifixión. Los jefes del pueblo y los soldados se burlan del «primogénito de toda la creación» (*Col* 1, 15) y lo ponen a prueba para ver si tiene poder para salvarse de la muerte (cf. *Lc* 23, 35-37). Sin embargo, precisamente «en la cruz Jesús se encuentra a la "altura" de Dios que es Amor.

«Allí se le puede “reconocer” (...) Jesús nos da la “vida” porque nos da a Dios. Puede dárnoslo porque Él es uno con Dios» (Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, Madrid 2007, pp. 403-404. 409). De hecho, mientras que el Señor parece pasar desapercibido entre dos malhechores, uno de ellos consciente de sus pecados se abre a la verdad, llega a la fe e implora «al rey de los judíos»: «Jesús, acuérdate de mí cuando entres en tu reino» (Lc 23, 42).

De quien «existe antes de todas las cosas y en él todas subsisten» (Col 1, 17) el llamado «buen ladrón» recibe inmediatamente el perdón y la alegría de entrar en el reino de los cielos. «Yo te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lc 23, 43). Con estas palabras Jesús, desde el *trono* de la cruz, acoge a todos los hombres con misericordia infinita. San Ambrosio comenta que «es un buen ejemplo de la conversión a la que debemos aspirar: muy pronto al ladrón se le concede el perdón y la gracia es más abundante que la petición; de hecho el Señor, dice san Ambrosio, siempre concede más de lo que se le pide (...) La vida consiste en estar con Cristo, porque donde está Cristo allí está el Reino» (*Expositio Evangelii secundum Lucam X*, 121:ccl 14, 379).

II. PISTAS HOMILÉTICAS

- Constatamos con facilidad cómo **cada día parecieran imponerse sobre el mundo y la historia humana ambientes hostiles de divisiones, odios, resentimientos y rivalidades entre todos los hombres**. Ante este panorama la Palabra de Dios que resuena este Domingo nos ayuda a hacer una transición hacia un nuevo tiempo caracterizado por la virtud de la esperanza en la obra y acción pacificadora y reconciliadora que trae Cristo Rey a toda la humanidad. Pues en Él el Padre Dios ha querido recapitular todas las cosas. Sólo desde su amor y luz es posible alcanzar los frutos de tantos esfuerzos que se realizan día tras día a través de múltiples experiencias y posibilidades contra la fuerza del mal que quiere imponerse e imperar en el corazón humano. La esperanza es la actitud propia para abrimos al nuevo tiempo del Adviento que inauguramos el próximo Domingo.
- **La grandeza del señorío de Cristo es construir a partir de su cruz una armonía en toda la creación**. Jesucristo reina desde una Cruz que evoca la plena comunión con Dios y, a través de sus brazos abiertos, nos expresa la acogida que hace a todos los hombres como signo de la acogida misericordiosa del Padre. En la presencia de los malhechores crucificados junto a Jesús está expresado el servicio redentor del Mesías que abre la salvación y la promesa a quien expresa su arrepentimiento y apertura a la conversión.
- **La acción misericordiosa del Mesías la evidenciamos ahora en la liturgia eucarística**, pues a través de su Cuerpo y Sangre el hombre tiene entrada a la presencia de Dios. Su sacrificio redentor purifica la vida y es un anticipo del paraíso celestial donde se celebra el Banquete Eterno. Así, el sacramento que celebramos nos conforta, alimenta y capacita para vivir en la lógica del bien, cuya fuente es Dios.
- A la luz de la esperanza que nos propone el Adviento, **sigamos orando por el aumento, fomento y fortalecimiento de las vocaciones a la vida sacerdotal y religiosa en nuestra Arquidiócesis de Bogotá**. La inquietud de un joven que se abre a la llamada de Dios se convierte en una esperanza grande en medio de la sociedad y de la historia que reclama profetas, sembradores del bien, de la alegría, de la reconciliación en medio de las comunidades.

Memición inicial

En este último domingo del año litúrgico celebramos la Solemnidad de Jesucristo, Rey del universo, una fiesta de institución relativamente reciente, pero que tiene profundas raíces bíblicas y teológicas.

En este contexto celebrativo reafirmemos nuestra voluntad para dejar que Cristo sea el único Señor y soberano de nuestra vida, quien desde su Pasión, Muerte y Resurrección nos señala el camino y nos introduce en la comunión plena y definitiva con el Padre celestial. Vivamos este encuentro de fe con alegría y gratitud.

Memición a las lecturas

La solemnidad litúrgica de Cristo Rey da a nuestra celebración una perspectiva muy significativa, delineada e iluminada por las lecturas bíblicas. Nos encontramos como ante un imponente fresco con tres grandes escenas: en el centro, la crucifixión, según el relato del evangelista san Lucas; a un lado, la unción real de David por parte de los ancianos de Israel; al otro, el himno cristológico con el que san Pablo introduce la carta a los Colosenses. En el conjunto destaca la figura de Cristo, el único Señor, ante el cual todos somos hermanos. Toda la jerarquía de la Iglesia, todo carisma y todo ministerio, todo y todos estamos al servicio de su señorío. Escuchemos y contemplemos atentamente.

Oración de los fieles

Presidente

Presentemos nuestra plegaria confiada y agradecida al Padre celestial.

R./ Escucha Padre, nuestra oración.

1. Por toda la Iglesia y sus ministros, para que fiel al mandato de Cristo siga anunciando con acciones concretas la salvación que alcanza a todos los hombres.
2. Por los gobernantes de las naciones, para que en el ejercicio de su autoridad expresen la justicia, la reconciliación y el bien común que Dios inspira en sus corazones.
3. Por las familias, para que se consoliden entre sus miembros los lazos de la fraternidad, de la paz y la solidaridad en sus modos de vivir.
4. Por quienes sufren en nuestro país a causa de la oleada invernal, para que en medio de las vicisitudes que afrontan encuentren en nuestras acciones la cercanía, el apoyo y la esperanza para recuperarse y continuar el camino.
5. Por el fomento, aumento y fortalecimiento de las vocaciones sacerdotales y religiosas en nuestra Arquidiócesis de Bogotá, para que cada día sean más los consagrados al anuncio del Reino y en el servicio a los hermanos.

Presidente

Recibe, Padre, las oraciones que te hemos dirigido y concédenos aquello que mejor nos ayude a cumplir tu voluntad, a fin de hacer visible tu señorío en medio del mundo. Te lo pedimos por tu Hijo Jesucristo, nuestro Señor.